

representando la figura humana. Se ha creído que fuesen tales esculturas idolillos; pero es más probable que solo hayan sido retratos del finado depositado allí. Así lo persuade por una parte la exactitud y perfección con que sin parecerse unas á otras imitan los contornos y expresión del rostro de los indios, y por otra, las noticias en este sentido que no faltan y que consignan los historiadores. "Otra manera de sacrificio fingido tenían, dice Torquemada,<sup>1</sup> y era este: Cuando alguno moría ahogado ó de muerte, que no lo quemaban como acostumbraban comúnmente, sino que lo enterraban, *hacían unas imágenes que los representaban*, y poníanlas en los altares de los ídolos, y mucha ofrenda de pan y vino juntamente, el cual sacrificio era muy acepto al demonio y de los indios muy usado."

Es verdad que en los sepulcros se encuentran juntamente con estas efigies, restos de maíz y otros granos; pero no entiendo que hayan sido puestos allí en clase de ofrenda á la divinidad, sino como provisiones para el viaje al otro mundo: me fundo, primero, en que también se encuentran armas, instrumentos de labranza, calzados y otros objetos que no se ofrecían en los altares; y segundo, en la persuasión que tenían de la resurrección de los cuerpos, no el último día de los tiempos, como lo creemos los católicos, sino inmediatamente después de la muerte,<sup>2</sup> debiendo, ántes de llegar á su destino final, atravesar ríos caudalosos y solitarias comarcas, en las que se dejarían sentir con todo su rigor el cansancio, el hambre y el frío, si no se llevaba suficiente provision de abrigos y víveres. Perseverando aún muchos en esta creencia, acostumbran todavía enterrar á

<sup>1</sup> Torquemada. Lib. 7, cap. 8.

<sup>2</sup> Esta regla tiene sus excepciones, pues los mijes esperaban, como los católicos, una resurrección futura, por lo que cuidaban de recoger los huesos de los difuntos y guardarlos en una espuerta, "para que no los anden buscando cuando se levanten." (Segun dice Herrera. D. 4, l. 4, c. 7).

sus muertos con un surtido de pimienta y tortillas, algunos vestidos nuevos y el instrumento músico que tocaron durante su vida presente, juzgando que más allá de la tumba tendrán ocasión de modular gratas armonías.

II.—El culto de los difuntos no terminaba en el sepulcro. Además del aniversario que celebraba cada uno en particular, acostumbraban levantar en los templos, en honra de los muertos, un catafalco cubierto de velos negros, sobre los que derramaban flores y frutos y en torno de los cuales oraban:<sup>1</sup> tenían también una fiesta ó conmemoración de los difuntos en comun, cuyo día, por una singular coincidencia, correspondía próximamente al tiempo en que los católicos celebramos la nuestra. Se preparaban los indios matando gran cantidad de pavos y otras aves obtenidas en la caza, y disponiendo variedad de manjares, entre los que sobresalían en esta ocasión los tamales (*pellaltamali*), y el *mole* ó *totomoli*. Estos manjares se ponían en una mesa ó altar que no faltaba en las casas de los indios, como ofrenda por los difuntos; y llegada la noche, en torno de ella, de pié ó sentados todos los miembros de la familia, velaban, orando á sus dioses, para que por intercesión de los suyos, que suponían asistiendo á su lado, les concediesen salud, buenas cosechas y prosperidad en todas sus cosas. En toda la noche no se atrevían á levantar los ojos por temor de que si en el momento de hacerlo estaban acaso los muertos gustando aquellos manjares, quedarían afrentados y corridos y pedirían para los vivos ejemplares castigos. A la mañana siguiente se daban mutuamente los parabienes por haber cumplido su deber, y los manjares se repartían entre los pobres y forasteros, y no habiéndolos, se arrojaban en lugares ocultos: los muertos habían extraído de ellos la parte nutritiva, dejándolos

<sup>1</sup> Brasseur, citando el Códice Letillier de la Biblioteca Real, fol. 2.

vacíos y sin jugo, y tocándolos los habían hecho sagrados.<sup>1</sup>

En la actualidad, en el día de finados, se deposita en el altar que aun acostumbra en sus casas los indios, gran cantidad de frutas, principalmente calabazas y cañas de azúcar, á que se agregan algunas piezas de pan á que se da la figura de un muerto. En la noche, grupos de músicos ó de forasteros recorren las casas, y despues de cantar algunas oraciones de rodillas ante cada uno de los altares, recogen y llevan consigo los dones allí colocados. Así es como una práctica, modificándose y trasformándose con el trascurso de los siglos, conserva sin embargo sustancialmente su sér primitivo. Esta costumbre es la misma que tenían los indios idólatras, sino que ahora las preces y ofrendas se dirigen al Dios de los cristianos. ¿Qué dioses presidian antiguamente la ceremonia de los difuntos? “En este lugar, dice Torquemada, que llaman Mictlan, decían que había un dios, que se llamaba *Mictlantecutli*, que quiere decir “señor del infierno,” y por otro nombre se llamaba *Tzuntenioc*, que quiere decir “hombre que baja la cabeza,” y una diosa que se llamaba *Mictecacihuatl*, que quiere decir “la mujer que echa al infierno,” y ésta decían que era la mujer de *Mictlantecutli*.”<sup>2</sup> En el mismo sentido habla Clavijero<sup>3</sup> y si bien ambos historiadores se refieren á los habitantes de Anáhuac en general, entiendo que sus noticias se pueden aplicar á Oaxaca, por hallarse en el país de los zapotecas el célebre palacio y subterráneo llamado *Mictlan* ó “infierno,” por los mexicanos; pero es preciso advertir que segun las leyendas que se conservan en la memoria de la Matlacigua ó Mitlancihuatl, ni ella ni Mictlantecutli tienen apariencia de haber sido divinidades de los indios. La Matla-

<sup>1</sup> Burgoa. D. G. c. 74.

<sup>2</sup> Torquemada. Lib. 13, c. 48.

<sup>3</sup> Clavijero, t. 1, p. 225.

cihua era un sér fantástico que tan breve tomaba la forma de un niño como de un coloso, y ya en figura de mujer seducía con sus irresistibles y mágicos encantos á los hombres, ó ya como gigantesca esfinge oprimía á los más valientes: era un génio malévoló cuyo destino era pervertir y dañar, resolviéndose despues en humo y disipándose como leve airecillo: es decir, el diablo de los indios. Clavijero cree que situaban el infierno en el centro de la tierra, lo que explica por qué á Mitla dieron este nombre, pues acaso imaginaron que la profunda cueva que tiene allí su entrada, conducía al oscurísimo lugar en que eternamente habitarian los malos.

Tambien había génios buenos, ángeles tutelares de los pueblos, de los montes y de los valles, así como de los hombres, pues á ninguno faltaban estos séres protectores. Por eso hay ahora tantas cruces á la salida de los pueblos y en las cumbres y cañadas de los montes, pues los primeros misioneros levantaron ermitas y pusieron el signo de la redencion en todos aquellos puntos en que se tributaba culto á esos génios que los misioneros creyeron antiguas divinidades.

Antes de concluir este capítulo, daremos algunas noticias de la cosmogonía de los zapotecas y mixtecas, segun se encuentra en la obra del P. Gregorio García.<sup>1</sup>

Los primeros suponían que ántes de los tiempos, vivían en divino matrimonio *Xchmel* y *Xtmana*, padre y madre de tres hijos, de los cuales el mayor, soberbio y presuntuoso, contra la voluntad de sus progenitores, quiso desplegar su poder creador: su orgullo quedó inmediatamente castigado: de sus manos brotaron solo vasos de barro, inútiles ó viles; siendo además su autor lanzado á los infiernos. Los otros dos hermanos, *Hunchevan* y *Hunavan*, por no haber contrariado la voluntad paterna, pudieron crear los cie-

<sup>1</sup> “Del origen de los indios.” Lib. 5, caps. 4 y 6.

los y las plantas, el aire, el fuego y la tierra, de que despues formaron al hombre y la mujer, primeros pobladores del globo. Los zapotecas distinguían perfectamente á estos séres de la divinidad suprema.

Los mixtecas suponían á la tierra cubierta de agua y envuelta en las tinieblas y fingieron un dios cuyo nombre era "Un ciervo" y su sobrenombre "Culebra de leon," y una diosa que tenia por nombre "Un ciervo" y por sobrenombre "Culebra de tigre," dotados ambos de figura humana, quienes con su sabiduría y poder habian hecho brotar del seno de las aguas una gran peña, sobre la que edificaron, para habitarlos, suntuosísimos palacios. El cielo descansaba sobre el filo de una gran hacha de cobre, que estaba sostenida por el palacio de los dos dioses. De ellos procedieron por generacion todos los dioses. Dos fueron sus primeros hijos, discretos y sabios en todas las artes: el uno llamado "Viento de nueve culebras;" el otro "Viento de nueve cavernas," nombres significativos del dia en que nacieron. El primero se trasformaba frecuentemente en águila, elevándose y discurriendo por las alturas en rápido vuelo; el segundo tomaba de preferencia la forma de alada serpiente, siendo tan sutil que traspasaba, sin dejar huella, las paredes y las peñas. Ambos hermanos, sobre incensarios de barro, quemaron hojas de beleño molido, ofreciendo este sacrificio á sus padres; y cuando lo creyeron oportuno, saliendo de la casa paterna, cultivaron un extenso verjel de perfumadas flores y recogieron de un huerto inmediato frutos azucarados. Por sus ruegos, los dioses, sus padres, recogieron las aguas en un lugar, fabricaron el cielo, produjeron la luz é hicieron visible al mundo. Ya se habian multiplicado bastante estos dioses, cuando un general diluvio ahogó á la mayor parte. El creador de todas las cosas restauró entónces el género humano, y se pobló el reino mixteca.

12.—De lo dicho en este capítulo y en el anterior, se deduce que en medio de las prácticas supersticiosas é idolátricas de los indios, habia ciertamente, y no podían ménos de advertirse, huellas medio borradas de un antiguo cristianismo, al grado de haber sospechado algunos que la docilidad al Evangelio y la poca resistencia que opusieron á su predicacion, se debió al parecido que encontraron entre la nueva doctrina que se les inculcaba y sus antiguas creencias. Tuviron en verdad que castigar, enmendar, cambiar y suprimir mucho de lo viejo; pero afortunadamente era esto de lo más odioso y de lo más ridículo: por ejemplo, los sacrificios sangrientos de los ídolos y el poder arbitrario de los brujos. ¿Qué cosa más irracional que el abatimiento profundo y la tristeza inconsolable que hacia caer sobre el pecho la cabeza del indio, al escucharse el fatídico canto del buho nocturno? ¿No se les ve aún acobardarse y desfallecer bajo la impresion de ese lúgubre canto que juzgan un anuncio de muerte? ¿Qué cosa más risible que la superchería de los brujos que extraen de los miembros adoloridos piedra, espinas y otros objetos, sin dejar lesion ni rastro en ellos de la maravillosa curacion? ¿Qué afinidad tiene con los sentimientos humanos que inspira el catolicismo, la práctica de recoger limosnas en la piel de un hombre inmolado en las aras, ni los sacrificios de niños, acostumbrados en Utzila, de que nos habla Herrera en sus Décadas? Pero no todo lo que hacian era execrable, ni absurdo todo lo que pensaban. Sus abluciones, purificaciones, unciones, enlaces, expiaciones y penitencias, tenian bastante semejanza con los sacramentos de la Iglesia católica. Adoraban á un Dios Supremo, creador y conservador del mundo; conocian la inmortalidad del alma y los premios y penas de la otra vida, y sus ideas morales, sin estar exentas de errores, se habian aproximado á las cristianas más que las de ninguna otra nacion. Podria decirse que el alma naturalmente cristiana de los indios, reformándose paulatinamen-

te con el trabajo de largos siglos, habia logrado acercarse tanto cuanto era posible al Evangelio; pero semejante suposicion es inadmisibile bajo todos aspectos: el hombre abandonado al peso de su naturaleza, no puede aproximarse á la dura severidad cristiana, ni ménos alcanzar sus altas verdades. ¿Qué pueblo lo ha hecho? Los aztecas ensangrentaban más sus inhumanos altares, á proporcion que adelantaban en civilizacion y cultura. Y si los zapotecas y mixtecas tuvieron más puros é inocentes sacrificios, lo debieron á su adhesion y apego constante á sus instituciones antiguas. Más aceptable parece la opinion de que adoptado por los indios el cristianismo que les predicara un apóstol en remotas edades, estando aislados y sin comunicacion con el resto del género humano en estas apartadas regiones de la América, con el trascurso de los siglos corrompieron sus creencias y viciaron su culto, mezclándolo con mil prácticas supersticiosas. Presumo que esta sospecha se ha de confirmar, convirtiéndose en evidencia más adelante, cuando nuestros arqueólogos é historiadores emprendan un estudio más vasto y profundo de las antigüedades del país.

## CAPITULO VII

### GUERRAS.

1. Guerra de los toltecas.—2. Dzahuindanda.—3. El mercado de Putla.—4. Los almoloyas y los cuicatecos.—5. Profunda paz en Zapotecapan.—6. Baalóó y Baalachi, sus primeros guerreros.—7. Cochicahuala, Mene-yadela y Pichina.—8. Fundacion de Zaachilla-yoo.—9. Formidable lucha entre zapotecas y mijes.—10. Guerra de Huehuetlan.—11. Atonal-tzin.—12. Guerras de Ajayacatl y Tezoc.—13. Preliminar sobre las guerras de Ahuizotl.

1.—El deseo exagerado de dominacion armó el brazo de los aztecas contra todos los pueblos de Anáhuac que no les rendian vasallaje: á esta causa se deben principalmente las guerras que ensangrentaron en la antigüedad á Oaxaca. Pocas luchas sostuvieron unas con otras las varias naciones que la poblaban entónces; y aun éstas, en su mayor parte, tuvieron lugar en tiempos más recientes, cuando se acercaba la época de la invasion española. Los primeros pobladores, al aportar en las costas despues de un naufragio, ó al internarse en las montañas al fin de una larga peregrinacion, veian dilatarse ante ellos un territorio fértil y extenso, de que podian tomar posesion sin sufrir la resistencia más leve, sin disputarla primero, pues todo estaba solitario y desierto. El héroe de Achiutla fué en vano que se armara con su escudo y sus saetas, y que con paso resuelto marchase en busca de gloriosas conquistas: nadie se opuso á su es-